

653
XVIII/1106(88)
DON IGNACIO DE FUENTES,

Y

D.^A LEONOR DE LARA.

DASE CUENTA DE LOS TRAGICOS. SUCESOS
de estos dos amantes.



SEGUNDA PARTE.

CAntava la Tortolilla,
y el Ruiseñor le ayudava,
con el Gilguerillo alegre,
si rompe. ó no rompe el Alva:
Quando el bravo Don Ignacio
se levantò de la cama,
se viltió en trage de Turco,
que era lo que acostumbra,
un Alquicel leonado,
con una vanda morada,
un turbante naranjado,
plumas azules, y blancas;
un alfanje Damasquino
con la guarnicion dorada:
parece un Turco soberbio,
horror su aspecto causava.
Fue en busca del Renegado,

que yá diligente andava
buscando lo necesario,
que era de mas importancia:
Bajaron á la Marina,
y sin detenerse nada
armaron un Bergantin
de los muchos, que allí estavan
con mejores aderezos
aferrados en la playa.
Veinte cañones de brence
tenia por cada vanda,
con una Vela Latina,
que era la mas ordinaria:
con cien Turcos escogidos,
los mas fuertes de la Armada:
A los catorce de Agosto
se partieron de la playa

rom

rompiendo las olas crespas;
viento en popa campavan,
por bajo de Cartagena,
en una escondida cala
abordan una noche
muy resplandeciente, y clara:
Saltó en tierra Don Ignacio,
y llevando en su compañía
al Renegado, y diez Turcos,
que le guarden las espaldas;
y por no ser conocido
se puso al rostro una vanda.
Poco hubiera menester,
que el traje solo bastava;
Todos van bien prevenidos
de valor, y fuertes armas.
Llegan al Jardin á donde,
por encima de unas tapias
saltaron, sin ser sentidos
de la gente, que allí estava:
Sacan la triste señora,
que bien descuidada estava
de lance tan lastimoso,
ya recogida en la cama,
y á los demás maniatados
los dexaron, y á la Dama
en un cavallo sacaron,
que dentro la huerta estava:
Llegaron con la señora,
toda á un desmayo entregada;
la metieron en la Nave,
y luego al punto levantan
las velas, y se retiran
del peligro donde estavan.
En el Camarin de Popa
ponen la afligida Dama
con el recato devido,
que Don Ignacio ordenava;
Descubrieron á lo largo
una Isla despoblada,
viraron á Barlovento,
tomaron tierra en su playa.

Y el alve Cavallero;
que todo le governava;
dispuso que los Soldados,
los mas en tierra saltaran:
Sacaron á la señora,
que era compasion mirarla;
toda anegada en sollozos,
en mil lagrimas bañada;
y entre unos espesos robles,
cuyas ramas ematañan
las luces al rubio Apolo,
la dejaron amarrada.
Que dolor! Qué sentimiento!
con que espigas se hallava
aquesta triste doncella,
en sacre tan desgraciada!
Todo era clamar al Cielo,
y á la Virgen Soberana,
que la defenda, y socorra
de agonia tan peñada.
Estando en estos clamores
sintió, que se le acercava
uno de los que en la Nave
venian en su compañía,
con un ferreruelo al rostro,
y llegando donde estava
se lo quitó; y conoció
ser el que presente estava
Don Ignacio, y cauteloso
la dice auestas palabras:
Aora, ingrata enemiga,
conocerás, si eran falsas
mis promessas, y finezas,
que tanto las despreciavas!
No te valdrán tus engaños,
ni aquellas falsas palabras,
quantas me digiste un tiempo;
con que mi amor engañavas.
Por ti renuncié el Bautismo,
por ti negué la Fe Santa;
por ti (vive el alto Cielo)
he perdido vida, y alma.

Ya

Ya no soy, no, Don Ignacio;
Solimán Hazén me llaman;
ya no tengo piedad alguna;
que soy fiera desbozada;
ya perdi el respeto á Dios;
y á su madre Soberana;
fiero azote de Christianos
será el filo de mi espada,
tanto, que tiemblen de mí
todas las Costas de España;
mira quanto mal causaste;
No valiera mas ingrata,
averme delengañado,
que no causar tal desgracia!
Pero pues fuiste la culpa
de desdicha tan estraña;
vive Dios, que he de gozarte;
si á defenderte baxaran
de estos Cielos cristalinos,
las Queruigas Esquadras.
Viendo la triste Doncella,
que no basta con palabras
reducirlo de su intento
aunque mas le importunava;
aqui fue el rasgar el cyre
con suspiros, que arrojava;
aqui fue el hacer escudo
de sus manos delicadas:
aqui como fiera sierpe,
con bramidos se enroscava.
Pero, ay de mí, que dolor!
no puedo formar palabra!
Aqui, aqui del sentimiento:
tente, entendimiento, para,
considera esta doncella
en el trance en que se halla.
O alevoso Cavallero!
Dónde está la sangre clara,
que de tus antecellares
en tu pecho esta heredada?
Dethojó la fresca Rota,
ajó la Azucena blanca,

rojó la triste señora:
Y como Leona brava;
desmelenava el cabello;
los vestidos los rasgava.
Ingrato, mal Cavallero,
le dice: cómo no esmaltas
con la sangre de mis venas
estos troncos, y estas plantas!
No quiero vida sin honra,
ya que nací desgraciada.
No pienso que me enternecen;
le responde, tus palabras;
y á todo el amor es ira;
y sacando de la bayna
un afilado cuchillo,
le dió quatro puñaladas;
quedando casi difunta,
toda la color robada,
aquella temprana Rosa
mas que nunca desfojada;
aquel clavel encarnado,
la color desfigurada.
Se retiró de su vista,
y con sobervias palabras
la dice: queda á ser pasto
de fieras del monte bravas;
Con esto llegó á la Nave,
y las velas levantadas,
con prosperidad llegaron
libres del riesgo, y sin Dama.
Vamos a Doña Leonor,
que por muerta la dexava;
permitió el Rey de los Cielos;
que la vida restaurara,
por el medio mas estraño;
que en los Anales se canta;
Y fué el caso, que una Olla;
por aquel sitio passava,
anelandole el sustento
á un hijuelo que criava.
Y viendo allí aquel cadaver,
que las heridas brotavan

tanta sangre, cariñosa
 con la lengua la limpiava
 y abrigandola amorosa,
 entre sus brazos la alhaga.
 La llevo à la estancia donde
 el cachorillo criava:
 la alimentava à sus pechos,
 y la tuvo en su compania
 treinta dias naturales,
 cuidando de alimentarla.
 De dia iba à la orilla
 del Mar, à ver si passava
 alguna Nave por ella,
 para conducirla à España.
 No pudo lograr la dicha,
 que todas las que passavan
 eran Naves estrangeras
 con que su pena aumentava.
 Y estando sentada un dia
 al pie de una peña parda,
 vido venir por las olas
 un bulto, y que lo arrojavan
 à la orilla de la Isla,
 aferrado de una tabla.
 Acudio despavorida,
 y vido que el que alli estava
 casi entregado à la muerte,
 con la color demudada,
 era Don Ignacio, aquel,
 que sin fe, ni piedad humana
 rompio el cristal de su pecho
 à cruels puñaladas:
 el qual, por piedad Divina,
 en una Nave marchanta
 iba à cierta dependencia,
 que era de mucha importancia,
 y de una fiera tormenta
 se perdiò, sin que salvara
 la vida algun companero,
 porque todos se ahogavan.
 Bolviendo en si Don Ignacio,

y reconociò la Dama;
 que alustado, y temeroso
 de su presencia se aparta:
 pensava que era apariencia,
 y como partona humana
 venia à atemorizarlo
 del delito que causara.
 Y visto por la señora,
 con amorosas palabras
 lo deruvo, y le conto
 todo lo que le passava.
 Viendo aquesto el Cavallero
 vertiendo dos mares de agua
 sus dos ojos, le pidio
 que por Dios le perdonara.
 Se arrojò humilde à sus pies,
 y ella viendo obligada
 lo levanta, y perdonò
 con amorosas entrañas.
 Estando en aqueste lance,
 Dios que todo lo ordenava
 dispuso, que tres Galeras
 de la Religion Christiana
 passaran por aquel sitio,
 y los conducen à España:
 Don Ignacio se fue a Roma,
 y de sus culpas passadas
 alcanzò misericordia,
 y sin detenerse nada
 bolviò à su tierra, y al punto
 las bodas se celebravan.
 Esta es la tragica historia
 de Doña Leonor de Lara,
 y Don Ignacio de Fuentes,
 que oy en Cartagena se hallan
 en paz, union, y contento,
 dandole à Dios muchas gracias.
 Y Domingo Gomez Blanco,
 si su pluma ha andado errada,
 humilde pide perdon,
 disimulando las faltas,